

ANSELM KIEFER VENCRIENDO AL OLVIDO

TEXTO **Fátima Otero. Crítica de Arte**

El MAC de A Coruña presenta durante la estación estival una muestra grande, por la espectacularidad de las piezas y porque muestra el trabajo pictórico y escultórico de uno de los artistas contemporáneos de mayor fuerza creativa. Hablamos del alemán Anselm Kiefer (Donaueschingen, 1945) y de una obra planteada como necesidad de recuperar el pasado y romper el continuum histórico.

LA CONTEMPLACIÓN DE LA HISTORIA que realiza el autor deja de ser meramente física y se convierte en naturaleza abstracta. Sus enormes piezas funcionan como un palimpsesto, como textos que borran otros, y a la vez éstos están en peligro de ser anulados. Porque como si de un archivador del pasado se tratase, mantiene las huellas y los estratos de la historia, resaltados más o menos según le interese, en este caso los que más le han impactado.

Sus lienzos fusionan pintura, collage y escultura, en una combinación de colores sordos, monocromos de materiales tan densos como el plomo, alambres, cenizas, polvos, girasoles o libros que parecen calcinados. El artista alemán maneja manuscritos del pasado como intentando rescatarlos de su pérdida irreparable. De esta manera, muchos semejan arrasados por las llamas del fuego y erigidos en el lienzo como Ave Fénix o como acción de superación hacia una espiritualidad conseguida tras la destrucción material.

ES UNA OBRA REPLETA DE REFERENCIAS a la tradición romántica alemana. Cierta-

mente, Kiefer aparece como un pos-romántico, entre otros motivos por introducir el concepto de la noche y la sombra, como en la poesía de Novalis. Sus claroscuros recuerdan la conciencia trágica del hombre moderno, las zonas oscuras históricas y el recuerdo de crímenes atroces; apropiándose de aquellos pretéritos despojos, el artista parece querer penetrar la puerta de la reconciliación e interpretación aunque llena de temor, repulsión y hasta de consuelo.

Vemos a Kiefer como nómada del mundo, Así pinta espacios amplios, parajes a la deriva que narran sucesos míticos del pasado o de la historia reciente, temas filosóficos tan personales que sólo lo recuerdan por el título. Se puede alzar en su camino creativo a las estrellas, cuando no busca el sendero espiritual. Pero puede caer en los abismos y descender a los infiernos como Goya, tal vez buscando su identidad, por medio del ahondamiento del dolor y la aventura del sufrimiento.

LOS CAMPOS DE BATALLA marina y terrestre son uno de sus temas recurrentes en su obra; para ello incorpora restos de la última gran guerra, ruinas y desolación a base de incrustar en el lienzo o encallar en el suelo barcos a medio desgazar, hélices de avión oxidadas, materiales abandonados a la intemperie, a modo de eco de la Segunda Guerra Mundial cuyas consecuencias le marcaron de niño. Son buques de fuga y retorno simbolizando como en Friedrich todo ciclo vital. Densas masas hincadas en superficies marinas como espejo de aquella melancolía que Young creía asociar con el mar.



PARA KIEFER, PINTAR EQUIVALE A QUEMAR. Por eso aparecen sus recurrentes oscuros girasoles; es decir, formas carbonizadas que no obstante dejan entrever la verosimilitud y los efectos de la vida en la sabia naturaleza: "Esta oscura claridad que cae de las estrellas". Nos encontramos ante la brevedad de la materia orgánica, de la vida trágica del hombre, aunque lejos de ser apocalíptica vomita brotes de semillas que no hacen sino evocar esperanza a una posible redención.

Todo ello también se pone de manifiesto en "Sefer Hechaloth", de 2002, enorme lienzo de aliento esperanzador. El autor se enfrenta a una infinita escalinata ascensional como metáfora del camino que el creyente debe recorrer hasta llegar al día del Juicio Final. Peldaños erigidos con manuscritos calcinados significando que de la destrucción resurge la espiritualidad

y que la vida es siempre una opción de superación.

CON ESTA PROFUNDA REFLEXIÓN, el artista alemán invita al espectador a meditar también y confrontar sus cavilaciones con sus propias creencias. Por extensión, a reflexionar y pensar sobre el pasado, presente y futuro. En el fondo no tan apocalíptico como podría parecer.

Sí estamos ante una obra de naturaleza sublime. Es de pura odisea lo que provoca en la mirada de un espectador atento, que experimenta ante la caída, con el mito de Ícaro y el de Orfeo venciendo la muerte, con la alegoría del desastre precipitando nuestra mirada hacia la nada, pero también hacia el todo que a lo mejor es lo mismo.

Sus imágenes un tanto angustiosas y tristes de una potencia desgarradora y tan impresionante como para convertir lo

catastrófico en poético, o la destrucción y el desperdicio en algo admirable y bello. Porque, en definitiva, se propone y consigue salvar y poner a flote lo sumergido, anulado y evitado.

Kiefer ha realizado espectaculares instalaciones por el mundo adelante. Este verano el MAC de A Coruña le rinde homenaje con obra pictórica y sobre papel. En ocasiones, a partir de imágenes fotográficas saturadas de empaste, y con un par de películas suficientes para valorar y dar a conocer una obra densa en materia y en contenido de una de las figuras claves del arte contemporáneo internacional.

Además, cuenta con un texto, quizá demasiado sesudo y hermético, del comisario de la muestra, Fernando Castro Flórez, autoridad en la materia y crítico de referencia en nuestro país, que es un valor añadido a una muestra que no va a dejar indiferente a nadie.